BUSTILLO

LISTONO

GALAS DEL INGENIO

A-2666

R
139040

GALAS DEL INGENIO

GALAS DEL INGENIO.

CUENTOS,

PENSAMIENTOS Y AGUDEZAS

DE LOS POETAS DRAMÁTICOS DEL SIGLO DE ORO,

COLECCIONADOS Y ANOTADOS

POR

EDUARDO BUSTILLO

Y

EDUARDO DE LUSTONÓ.

TIRSO DE MOLINA.—MORETO.—ROJAS.

Es propiedad del EDITOR

Imp. de J. García, á cargo de J. Peña, Costanilla de los Ángeles, 3.

TIRSO DE MOLINA

—Par Dios que hemos arrendado
Unos prados del concejo;
Pujólos Anton Bermejo,
Y picóse Brás Delgado;
Volviólos á pujar más,
Y, emberrinchándose Anton,
Pególes otro empujon;
Pujó cuatro reales Bras.
Y á tal la puja les trujo
Que, aunque los llevó Delgado,
Creo, segun han pujado,
Que quedan ámbos con pujo.

(El Pretendiente al revés.)

—

—Una mujer principal
Sé yo, que tuvo una huerta,
Y en ella un bello peral,

Cuya fruta apetecida
Hasta del mismo rey era,
Sin que á ella en toda la vida
Se le antojase una pera
Ni preñada, ni parida.
Las puertas le desquiciaban
De noche por ir á hurtar
La fruta, en que desgajaban
El pobre árbol, que á guardar
Los de casa no bastaban;
Y viendo que cerca y puerta
Eran flaco impedimento,
Para no tenerla abierta
De noche al atrevimiento,
Vendió á un vecino la huerta.
Luego, pues, que la vió agena,
La que peras no comia
Tuvo por peras tal pena,
Que en su mesa cada dia
Eran su comida y cena.
Ved si hoy un ejemplo igual
En Sirena, podrá hacer
La privanza otro tal,
Siendo en el gusto mujer
Y viendo ageno el peral.

(El Pretendiente al revés.)

—Hame dado una leccion
La fábula del leon;
Ya, tú, señor, la sabrás.
Estaba viejo una vez
Y tullido; que no es nuevo
Quien anda mucho mancebo
Estar cojo á la vejez:
Como no podia cazar,
Y andaba sólo y hambriento,
Remitió al entendimiento
Los piés que solian volar;
Y llamando á córtes reales
Mandó por edicto y ley
Que atendiendo que era rey
De todos los animales,
Acudiesen á su cueva;
Fueron todos, y asentados
Dijo: «¡Vasallos honrados,
A mí me han dado una nueva
Extraña, y que me provoca
A pesadumbre y pasion,
Y es que dicen que al leon
Le huele muy mal la boca:
No es bien que un supuesto real
De tantos brutos señor,
En vez de dar buen olor

A todos huela tan mal;
Y así buscando el remedio
Hallo que á todos os toca,
Que llegándoos á mi boca
Veais si al principio ó medio
Alguna muela podrida
Huele mal, porque se saque,
Y de esta suerte se aplaque
Afrenta tan conocida.»
Metióse con esto á dentro,
Y entrando de uno en uno
No vieron salir ninguno.
La raposa, que es el centro
De malicias, olió el poste,
Y convidándole á entrar
Para ver y visitar
Al leon, respondió: «Oste.»
Y asomando la cabeza
Dijo: «Por no ser tenida
Por tosca y descomedida
No entro á ver á vuestra alteza;
Que como paso trabajos
Unos ajos he almorzado,
Y para un rey no hay enfado
Como el olor de los ajos;
Por aquesta cerbatana

Vuestra alteza eche el aliento,
Que si yo por ella siento
El mal olor, cosa es llana
Que hay muela con agujero
Y el sacalla está á otra cuenta,
Que yo estoy sin herramienta
Y en mi vida fuí barbero.»
Lo mismo somos los dos.
Y en fé de nuestra amistad
Acercarme es necedad
Porque he dicho mal de vos.
Y un viejo tiene por tema
Decir, cuando á alguien me allego:
¡¡Del rey, del sol y del fuego
Lejos, que de cerca quema!! (1)

(El Pretendiente al revés.)

—

. . . . . .

—Si al aposento me guias
De Sirena, ya podrias
Quedar de villano aquí

(1) Sabrosa leccion para los cortesanos que se enorgullecen con las confianzas de los monarcas, de los cuales son alguna vez algo más que juguetes, como ya se lo olia la zorra.

Hecho hidalgo y caballero
Y con Fenisa casado.
—¡Por alcahuete privado!
Pero no seré el primero.
Tiene mil dificultades,
Señor, lo que me mandais
El oficio que me dais
Úsase por las ciudades,
Mas no por aldeas ni villas
Alcahuetes hay allá
Señorias, pero acá
Sufrimos pocas cosquillas;
Esto es lo uno; lo otro es
Que Fenisa es tan hermosa
Como Sirena, y mi esposa,
Y si allá os meto, despues
Cuando Sirena os reproche
Quizá dareis en Fenisa,
Que suele el diablo dar prisa
Y todo es pardo de noche.
Hay en la huerta un cencerro
Gruñidor, y en el corral
Hay un pozo sin brocal.
Lo tercero, tiene un perro,
Que si os vé y desencuaderna
Los dientes, dando tras vos,

No tengo á mucho par dios
Que se os meriende una pierna.
Lo cuarto, habeis de pasar
Por la cama del alcalde,
Y no pasareis de valde
Si el mastin oye ladrar;
Porque si una estaca arranca,
Mientras se averigua ó nó
Si es el duque el que pasó,
Sabreis lo que es una tranca;
Lo quinto, fuera de aquesto
No os quiero her otro regalo:
Lo sesto..... ya veis que es malo
Todo lo que toca al sesto.
—Mata á ese villano, Floro.
—No consiento mataduras;
Iguales somos á oscuras,
Sin luz, no reluce el oro.

(El Pretendiente al revés.)

—

Pero Gil amaba á Menga
Desde el dia que en la boda
De Mingollo el porquerizo
La vió bailar con Aldonza.
Mas en lugar de agradarla

Porque no hay amor sin obra,
Al revés del gusto suyo
Hacía todas las cosas.
Erraba siempre en los medios,
Guiándose por su cholla,
Y quien en los medios yerra
Jamás con los fines topa.
Por fuerza queria alcanzarla,
Mas *no es la mujer bellota*
Que se deja caer á palos
Para que el puerco la coma.
Si botines le pedia
La presentaba una cófia,
Si guindas se la antojaban,
Iba á buscarla algarrobas.
Nadaba en fin agua arriba,
Y empeoraba de hora en hora,
Como rocin de Gaeta
Quillotrándose la moza.
Fué con ella al palomar
Una mañana entre otras,
Y mandóle que alcanzase
Una palomita hermosa:
Subió diligente Pedro,
Y al tomarla por la cola
Volósele y en las manos

Dejóle las plumas solas.
Amoinóse Menga de esto,
Contóselo á las pastoras,
Que al pandero le cantaban
Cuando se juntaban todas:
Por la cola las toma, toma,
Pedro á las palomas
Por la cola las toma, toma.

. . . . . .

Corrido Pedro de verse
Que le corren por la posta
A su comadre Chamisa
Dió parte de sus congojas.
Mas respondióle la vieja,
«Pero Gil, cuando se enhornan
Se hacen los panes tuertos
Y cocidos, mal se adoban;
Si no aciertas al sembrar,
No te espantes que no cojas,
Porque mal cantará misa
Aquel que el a b c ignora.
El que por las hojas tira
Mal los rábanos quillota,
Que no se deja arrancar
El rábano por las hojas.
Ya que erraste á los principios

Cántente en bateos y bodas,
En fé que eres un pandero,
A sus panderos las mozas:
«Por la cola las toma, toma...»

(El Pretendiente al revés.)

—

—Acercáos á mí, Tirrena.
—¡Qué vida tan enfadosa!
¿Siempre he de estar junto á tí?
—Sois mi mujer y con todas
Habian de ser los maridos
Ella el cuerpo y él la sombra.
Si no lo sabeis, Tirrena,
Sabed *que la mujer propia*
Siempre ha de andar en el pecho
Como la agena en la bolsa.
—Tu necia desconfianza,
Sancho, me tiene quejosa;
Tu cuidado me dá pena,
Y tus recelos me enojan.
En estos campos desiertos
Habito una pobre choza
Cubierta de humildes pajas
Entre cuatro peñas solas.
La música de las aves

Que me despierta á la aurora
A quien ayudan las fuentes
Y el aire entre aquellas hojas
De aquellos copudos olmos,
Ni me llama ni enamora,
Porque no entiendo la letra,
Por más que las voces oiga.
Estos árboles que viste
El cielo de verdes ropas,
Son galanes solamente
De la primavera hermosa,
Y á mi jamás me dijeron
Amores con verme sola
Mil veces dormir la siesta
Sobre esta pintada alfombra.
Por estos montes paseo,
No en las calles espaciosas
De la córte que á los ojos
Tantas veces ocasionan.
Si estás triste no me alegro,
Lo que te enoja, me enoja.
Contigo mis males lloras.
Sancho, Sancho, necios celos
Poco escusan la deshonra
Del marido desdichado

Que escogió liviana esposa.
De la mano de Dios viene
La buena, y á poca costa,
De cuidados asegura
A su dueño por sí sola;
Esto advierte, Sancho mio,
Y ven á segar ahora
Que se vá pasando el dia,
Que al paso que tú las cortas
Cogeré yo las espigas
Para que en mis brazos cojas
El fruto de tus amores
Libre de penas celosas.
—Pónlos, Tirrena, en mi cuello,
Que tus palabras de alcorza
Me han azucarado el alma;
Vamos, y esta mano toma
De que no me verás más
Pedir celos desde agora.
—¡Qué necedad es pedirlos!
—¡Y darlos que mala cosa!
(Quien habló pagó.)

—

Estaba una gata vizca
Con cierto gato rabon,

Allá en el caramanchon,
Éste tierno, la otra arizca,
Cual si le pegaran ascuas,
Y en su lenguaje gatino
Se decian uno á uno
Los enombres de las pascuas.
Porque si explicarlos quiero
Siempre que el gato mahullaba,
De mahullera la llamaba
Y ella con fuf, de fullero.
En fin, con gritos feroces
Andaban dando carreras;
Que gatos y verduleras
Sus faltas echan á voces.
Escuchábalos allí
Gila, envidiosa de verlos,
Y yo, que iba á componerlos,
La manga, pardiez, la asi,
Para que no se me escape,
Y como el amor me aflige,
«Mis» (hocicándola) dije;
—Y ella ¿qué os repuso?
—¡Zape!
Y imprimióme tal aruño
Que el carrillo me pautó,
Agarréla entonces yo,

Mas ella, cerrando el puño,
Escupir me hizo dos muelas
Deshaciéndome un carrillo.
—Hizo bien, porque un gatillo
De ordinario es saca-muelas,
Y ese fué lindo favor.
—¿Lindo? á otros dos si me toca
Despoblárame la boca;
Pero otro me hizo mayor.
—¿Mayor? ¿Cómo?
—Fué al molino
Y yo tras ella antiyer,
Y acabado de moler
Llegué á cargarla el pollino;
Y cuando el costal le pongo
Dos yemas sin clara echó,
Y á la primera que vió,
Dijo: *Pápate ese hongo.*
Yo como la ví burlar
Las manos la así y beséselas
Y arúñomelas y aruñéselas,
Y volviómelas á aruñar.
Tiróme una coz despues,
Pronóstico de una potra,
Y yo, tirándola otra,
Jugamos ambos de piés:

Y durando el retozar,
Volvióme dos, aparéselas,
Y tirómelas y tiréselas
Y volviómelas á tirar.

(Antona García.)

—

—Ven acá, si Leonela no quisiera
Dejar coger las uvas de su viña,
¿No se pudiera hacer toda un ovillo
Como hace el erizo, y á puñadas,
Aruños, coces, gritos, y á bocados,
Dejar burlado á quien su amor maltrata,
En pié su fama y el melon sin cata?
Defiéndese una yegua en medio un campo
De toda una caterva de rocines
Sin poderse quejar; «aquí del cielo
Que me quitan mi honra», como puede
Una mujer honrada en aquel trance.
Escápase una gata como un puño
De un gato zurdo y otro cariromo
Por los caramanchones y tejados
Con solo decir *miao* y echar un *fufo*,
¿Y quieren estas dayfas persuadirnos
Que no pueden guardar sus pertenencias
De peligros notorios? Yo aseguro

Si, como echa á galeras la justicia
Los forzados, echara las forzadas,
Que hubiera menos, y esas más honradas. (1)

(Antona García.)

—

—El desear y ver es
En la honrada y la no tal
Apetito natural:
Y si diferencia se halla,
Es en que la honrada calla
Y en la otra dice su mal.
Callaré, pues que presumo
Cubrir mi desasosiego,
Si puede encubrirse el fuego
Sin manifestarse el humo.

(Antona García.)

—

Amor vergonzoso y mudo
Medrará poco, Señor;

(1) Es Tirso de Molina moralizador, dentro de su mismo desenfado, con exceso licencioso á veces. Pero esta desnudez en la forma, que le caracteriza y distingue tanto como otras condiciones superiores de ingenio, hace que *hoy*, sin los escrúpulos inquisitoriales de *aquel* tiempo, no se puedan apreciar en la escena algunas de las más lindas producciones del maestro agudísimo é inimitable.

Que á tener vergüenza amor,
No le pintaran desnudo.
No hagas miedo que se ofenda
Cuando digas tus antojos;
Vendados tiene los ojos,
Pero la boca sin venda.

(El Vergonzoso en Palacio)

—

—Llegó una noche á una venta
Un licenciado sin cuarto
Ni blanca; estaba de parto
La ventera, y no habia cuenta
De darle por ningun precio
Un bocado de cenar
Ni cama en que se acostar,
Por que era el parto muy recio
Y traía alborotada
La venta; llegóse y dijo
El estudiante: «De un hijo
La ventera está preñada;
Si quieren que luego pára
Tráiganme tinta y papel
Y un ensalmo pondré en él
De virtud notable y rara.»
Escribió solo dos versos,

Cosiólo en un tafetan,
Sacáronle vino y pan
Y otros manjares diversos;
Diéronle paja y cebada
Á la bestia, parió luego
La ventera, mas no á ruego
De la oracion celebrada.
El estudiante estimado
De todos, y regalado;
La huéspeda codiciosa
De ver lo que contenia
La tal nomina ó papel,
Tan dichoso que con él
Cualquier preñada paría;
Abróle, y vió en él escrito,
Cene mi mula y cene yo,
Si quiera para, siquiera no,
Y rieron infinito.

(El castigo del Pensé que.)

—

—De arte amandi escribió Ovidio,
Pero todo es falsedad,
Que el amor y la poesía
Por arte no satisfacen;
Porque los poetas nacen

Y el amor amantes cria.

(El castigo del Pensé que.)

—

—Si de un lazo no me escurro.....
—¿Estas loco?
—Estó sin burro
—¡Que simple!
—Mire, señor,
Pues que no le ha conocido
No se espante si le lloro,
Que era como un pino de oro;
Jumento tan entendido
No le tuvo el mundo.
—Acaba.
—¿Piensa que miento? Decian
Que las burras le entendian
Cuantas veces rebuznaba:
Pues, honesto, en mil sucesos
Que con las hembras se halló,
Nunca en la carne pecó,
Que estaba el pobre en los huesos,
Pues la vez que caminaba
Tan cuerdo hué de dia en dia,
Señor, que en todo caia
O al de menos tropezaba;

Pues, sufrido, no hubo her
Por mas palos que le diese
Que alguna vez se corriese,
Que él nunca supo correr;
Pues aunque fuese de prisa,
Si á su jumenta oliscaba,
Al cielo el hocico alzaba
Que her una cosa de risa;
Y con tener esas gracias
Y otras que callo, señor,
Me le llevan, ¡ay dolor!
Lo cola y orejas lacias,
Á morir al matadero
Do el carnicero le sise
Y el hambre despues le guise.
¿Hiciera mas un ventero?

(La mujer que Manda en casa.)

—

—Estudiad y no os asombre
La incapacidad que al cielo
Quereis ocioso imputar;
Sábio vuestro padre os vea,
Que no hay cosa que no sea
Difícil al comenzar.
De la honra es breve atajo

El estudio que el cuerdo ama,
Porque al templo de la fama
Se entra por el del trabajo.
No cobra valor ni medra
La ociosidad regalada,
Que una gota continuada
Rompe la más dura piedra.
Uno y otro estudio venza
La memoria hasta que abrace
Lo que os enseño, pues hace
La mitad el que comienza.

. . . . . .

Decid el tiempo presente.
—El presente es bien bellaco
Si el cielo no le socorre,
Moneda de vellon corre
Y reinan Vénus y Baco;
Labra casas la lisonja,
Es pescadora de caña
La verdad; la lealtad daña,
La ambicion se metió monja.
Es ciencia la presuncion,
Ingenio la oscuridad,
El mentir, sagacidad,
Y grandeza el ser ladron.
Vividor el que consiente,

Buhonera la hermosura,
Vende báculos la usura,
Y este es el tiempo presente. (1)
(Ventura te dé Dios, hijo.)

—

—No en las letras solamente
Consiste, Oton, ni se alcanza
Nuestra bienaventuranza;
Ser dichoso el hombre intente.
Poco te importa el ser sabio
Si no fueres venturoso;
Rinde el necio al ingenioso,
Y, aunque conoce su agravio,
El cobarde se asegura
Con dicha y vence al valiente;
No *hay desdichado prudente*,
Siempre es necia la ventura.
Ya el saber mucho es odioso,
La ignorancia subió el precio,
Tanto que importa ser necio
Para ser uno dichoso.
Déte Dios, hijo, ventura,

(1) El *futuro* de aquel *presente*, ya se ve hoy que no le va en zaga, por obra del refinamiento de las humanas flaquezas.

Que ella traerá lo demás.

(Ventura te dé Dios, hijo.)

—

—¿Quedaba buena mi madre?
—Buena, contenta y segura
De ver crecer tu ventura,
Y bendiciendo tu padre
El dia que te engendró:
Los trigos á la barriga;
Las viñas, Dios las bendiga
Y á Noé que las plantó;
Señales mos dán cumpridas
De henchir hasta los capachos
Los cestos, y á los borrachos
En llenarles las medidas.
El ganado, hasta los perros
Gordos, para reventar;
Rebosando el palomar,
Lleno el soto de becerros;
Borregos, Dios los aumente,
Ni en los rediles, ni cercos
Caben; como tú los puercos
(No quitando lo presente).
Los prados llenos de potros,
Y las yeguas tambien llenas

Las barrigas, pues apenas
Unos paren qne entran otros.
Jugando el cura á la polla,
El barbero y sacristen
Damas y rentoy tambien,
No hay hogar que esté sin cholla,
Ni cuna sin dos chicotes;
A todos hallé con vida,
Y á mi Torilda parida
De un rapaz con dos cogotes.
(Ventura te dé Dios, hijo.)

—

—Hace poca estimacion
De su prenda, quien presente
Se atreve á ser elocuente
Y no muestra turbacion;
Pues en fé de cuán poco ama,
Si es todo amor frenesí,
Quien puede estar tanto en sí
Mal podrá estar en su dama.
(Amor y celos hacen discretos.)

—

—Un mecánico oficial
Confesando natural,

Hizo comedias (que anima
Bajezas tal vez Apolo).
No eran las comedias buenas,
Pues de disparates llenas
A otro las silbáran; solo
Ver que un herrador osase
Desde los piés del Pegaso
Coronarse en el Parnaso,
Y á su musa se elevase,
Causar pudo admiracion;
Que, aunque rudo é importuno,
Lo que es vituperio en uno
Es en otro admiracion. (1)

(Amor y celos hacen discretos.)

—

—¿No es terrible mentecato
El que á un poeta se llega
Y que le pinte le ruega
En un soneto, el retrato
De su dama, sí ella sabe
Que en su vida versos hizo?
Ven acá, amante mestizo,

(1) Tambien en esto de las comedias y del arte, en general, nuestros achaques se parecen mucho á los del tiempo de Tirso.

¿Cómo quieres que te alabe
Y estime tu prenda ansí?
El soneto pecador
Más es solicitador
Del poeta que de tí;
Pues, siendo tú su tercero,
Claro está que ha de querer
Más al que lo sabe hacer
Que al bobo del mensajero.

(Amor y celos hacen discretos.)

—

—Dad al diablo la mujer
Que gasta galas sin suma,
Porque ave de mucha pluma
Tiene poco que comer.

(Esto si que es negociar.)

—

—Verá; hurtóme del corral
El gallo el año pasado
No se cuál de las vecinas,
Y viudas las gallinas
No atravesaban bocado.
Llevélas otro menor,
Y él todo plumas y gala,

Y aguillotrando él un ala
Hasta el suelo alrededor,
Ya escarvando apenas toca
El muladar con la mano,
Cuando por darlas el grano
Se lo quita de la boca.
Ellas con los gustos nuevos
Ménos precian el ausente,
Que do no hay gallo presente
Diz que no se ponen huevos.
(Esto sí que es negociar.)

—

—Tú que en damiles cautelas
Cátedra puedes llevar,
Acabado de cursar
Diez años en sus escuelas,
Argos serás, no marido;
¡*Pobre de tu esposa bella*
Si has de sospechar en ella
Lo que de otras has sabido! (1)
—No tanto; pero yo intento

(1) En esos pocos versos compendiaba *ya* Tirso de Molina el pensamiento de *El hombre de Mundo*, que tan justa fama de autor dramático ha dado siglos despues á D. Ventura de la Vega.

Buscar solo una beldad,
Doncella en la voluntad.
—¡Qué difícil buscamiento!
Détela solo Platon
Formada allá en sus ideas,
O házla hacer, si la deseas
De ese modo, en Alcorcon.
¿De voluntad virginal?
Signo es que se volvió estrella.
¿Aún no hay física doncella,
Y búscasla tú moral?
(No hay peor sordo que el que no quiere oir.)

—

—Dos dias tienen de gusto
Las mujeres si no yerran
Los que sus acciones tasan,
Y son en el que se casan
Y el que á su marido entierran.
(No hay peor sordo que el que no quiere oir.)

—

—No es buen amigo y leal
Para su amigo el espejo;
El amigo ha de imitar
Al agua, que, á quien en ella

Su mancha llega á mirar,
Se dá á sí misma y con ella
Se puede tambien quitar:
Que el espejo que declara
La mancha y no dá el remedio,
No es amistad noble y clara,
Sino envidia que por medio
Honesto sale á la cara.

(No hay peor sordo que el que no quiere oir.)

—

—Fui á Málaga á lo soldado
Con las galas que me diste
Á ver tu madre que triste
Por muerto te habia llorado.
Pasé por Yepes y Ocaña,
Dos villas de donde el vino
Hace perder el camino,
Bodegas nobles de España.
Hice noche en una aldea
Donde un meson labrador,
Que pudiera ser mejor,
Me alojó á la chimenea,
En un escaño del Cid;
Sobre cena, me pregunta
La familia, que allí junta

Estaba, si iba á Madrid.
Dije que sí, y que de Italia
Soldado viejo venia
Á la córte, y pretendia
Una conducta (la algalia
Que daba olor al vestido,
Porque esto se le pegó
Por ser tuyo, me abonó)
Y yo, en él desvanecido,
Hazañas cuento sin cuento.
Escuchaban abobados,
Porque yo, á fuer de soldado,
No vivo mientras no miento.
Díjeles entre otras cosas
Que saliendo á pecorea
Á la vista de una aldea,
Que las de allí son famosas,
Entré en una casería,
Y hallando el horno encendido,
Porque no fuí recibido
Con amor y cortesía,
Al huésped y á su mujer
Metí dentro, donde, asados,
Vengaron á mis soldados
Y nos dieron qué comer;
Que, saliendo de alboroto

Los vecinos del lugar,
Cuando me iba á acostar
Hallé á mi escuadron que, roto,
Á huir echaba, y que yo
Al primero derribé
La cabeza, y ésta fué
Á dar á otra, y esta dió
En otra, y fué de manera
La cabezada española,
Que, sin más golpe, ella sola
Derribó toda una hilera.
Creyeron esta aventura
Y otras que es nunca acabar,
Mas que cuanto en el altar
Las fiestas le echa el cura.
Porque chanzas de habladores,
Comedias de tramoyon,
Ensalmos y coplas, son
Evangelios labradores.
Estaba una villaneja
Oyendo entre los demás,
Tan cari-hermosa, que atrás
Las Amarilis se deja.
Fuéronse á acostar al cabo
Los viejos, y entre la loza
Fregatizando la moza

Con tal gracia (no la alabo
Cual merece) se quedó,
Que si el sol verla pudiera,
Para estropajo la diera
Su dorado moño; yo
Que la ví ensuciando espumas,
Llego por detrás quedito,
Y el sombrero que me quito
La pongo con banda y plumas;
Y ella entónces, no peñasco,
Pero algo requeson ya,
Respondióme «arre allá.»
En un espejo, ya casco,
Se fué á mirar al candil,
Y arrimando la sarten,
Dijo: «á ver si me está bien;»
El dimoño que es sutil,
Hizo entónces de las suyas,
Si Pedro yo de Urdemalas;
Y, como extranjeras galas
En bobas son aleluyas,
Tanto pudieron con ella
Que, á los ecos de un «marido
Tuyo soy,» (hechizo ha sido

La chimenea madrina,
A vista de la cocina
Hicimos año, buen año.
Dueña, aunque no de su casa,
La moza, y yo ya su dueño,
Entró el sol antes que el sueño,
Y Cari-cuerdas Tomasa,
(Que este apellido le dan)
Me conjuró que cumpliese
La promesa, y que volviese
En saliendo capitan
Por ella; y á fé de hidalgo
Que he de hacerla mi mujer,
Si bien esto no ha de ser
Mientras capitan no salgo.

(La Huerta de Juan Fernandez)

—

—Casarás, ¿cuándo ó con quién?
—¿Cuándo? mañana temprano
Que ansina el cura lo dijo:
¿Con quién?—Con Anton, el hijo
De mi viejo Bras Serrano.
¿Cómo?—Con juntar las palmas
Al tiempo que el sí pregunten.
Más ¿qué importa que las junten

Si nó se juntan las almas?
—¿Dónde? en cas del escribén
Que mos hace la escritura.
—¿Por quién? Por mano del cura
Delante del sacristen.
—Y vos, ¿qué habeis respondido?
—Que despues ví el otro dia
El mal gesto que ponia,
Pariendo, la de Garrido,
No casarme habia propuesto
Por no verme en apretura,
Y porque en la paridura
Sintiera tener mal gesto.
—¿Y en fin?
—En fin, lloró Anton,
Enojóse la tendera,
Rogómelo la barbera,
Tengo blando el corazon,
Y, mostrándome un sayuelo
Con vivos de carmesí,
Entre dientes le dí el *sí*.
—¿Sí distes?
—Mirando al suelo.
—¿Pues qué tengo de hacer yo?
—Su merced debe burlarse.
—¿Pues qué, habia de casarse

Conmigo?

—¿Pues por qué no?
—¿A fé que se casaria?
—Ay cielos! ¿no os lo juré?
—Es verdad, no me acordé;
Pero no es pasado el dia.
—¡Qué el engaño áun en sayales
Viva!

—No llore, verá...
—¿Qué he de ver?

—Que en yendo allá,
Puje la novia en seis reales;
Podrá ser que se la lleve;
No se aflija, puje y pruebe.

(La Villana de Vallecas,

—

—¿Cómo te llamas?

—Carballo,
Porque no sé en qué fayancas
Mi madre, ausente el marido,
Jugando pidió el partido
(Son las gallegas muy francas)
Y un lencero algo molesto
Que el matrimonio terció,
Perdiendo se levantó,

Y yo me quedé por resto.
Volvió el propietario á casa
Y como, ausente de un año,
Vió que el delantal de paño
Se ahoraba, dijo: ¿Esto pasa?
Mujer, ¿cómo habeis podido
En doce meses de ausencia
Sufrir tanta corpulencia?
—Porque ogaño no ha llovido,
Respondió; segun lo prueba
El pronóstico del cura,
No ha de parirse criatura
Ogaño, mientras no llueva.
Él, viendo que averiguallo
Era ofender á su honor,
Dijo: «escarballo es peor»;
Por esto el hijo es Carballo. (1)

(Escarmientos para el cuerdo.)

—

—¿Buscais amo?

(1) Si fuéramos á hacer notar los excesos del desenfado de Tirso en los diálogos y descripciones de costumbres villanescas, el cuento no acabaria nunca. Limitémonos, pues, á esperar que, puesto que se perdonaron en la escena en los tiempos *más católicos*, se perdonarán *hoy* en el libro, en gracia de la imponderable gracia de esos atrevimientos de la musa más retozona del teatro español del siglo de oro.

—Busco un amo.
Que si el cielo los lloviera
Y las chinches se tornaran
Amos; si amos pregonaran
Por las calles; si estuviera
Madrid de amos empedrado
Y ciego yo los pisara,
Nunca en uno tropezara
Segun soy de desdichado.
—¿Qué, tantos habeis tenido?
—Muchos, pero más enormes
Que el lazarillo de Tórmes.
Un mes serví, no cumplido,
Á un médico muy barbado,
Bello sin ser aleman,
Guantes de ámbar, gorgorán,
Mula de felpa, engomado,
Muchos libros, poca ciencia;
Pero no se me lograba
El salario que me daba,
Porque, con poca conciencia
Lo ganaba su mercé,
Y, huyendo de tal azar,
Me acogí con Cañamar.
—Mal lo ganaba? ¿por qué?
—Por mil causas; la primera

Porque con cuatro aforismos,
Dos textos, tres silogismos,
Curaba una calle entera.
No hay facultad que más pida
Estudios, libros galenos,
Ni gente que estudie ménos,
Con importarnos la vida.
Pero ¿cómo han de estudiar
No parando en todo el dia?
Yo te diré lo que hacia
Mi médico: al madrugar.
Almorzaba de ordinario
Una lonja de lo añejo,
(Que era castellano viejo)
Y con este letuario
Agua vitis (que es de vid)
Visitaba sin trabajo
Calle arriba, calle abajo,
Los egrotos de Madrid.
Volvíamos á las once;
Consídere el pio lector
Si podria mi doctor,
Puesto que fuese de bronce,
Harto de ver orinales
Y fístulas, revolver
Hipócrates, y leer

La cura de tantos males.
Comia luego su olla
Con un asado manido,
Y despues de haber comido,
Jugaba cientos ó polla;
Daban las tres, y tornaba
Yo la maza y él la mona,
Y cuando á casa llegaba,
Ya era de noche, acudia
Al estudio, deseoso
(Aunque no era escrupuloso)
De ocupar algo del dia,
En ver los expositores
De sus Rasis y Avicenas;
Asentábase y apenas
Hojeaba dos autores,
Cuando doña Estefanía
Gritaba: «hola, Inés, Leonor,
Id á llamar al doctor,
Que la cazuela se enfria;»
Respondia él: «en una hora
No hay que llamarme á cenar,
Déjenme un rato estudiar:
Decid á vuestra señora
Que le ha dado garrotillo
Al hijo de la condesa,

Y que está la ginovesa
Su amiga con tabardillo;
Y es fuerza mirar si es bueno
Sangrarla estando preñada;
Que á Dioscórides le agrada,
Mas no lo aprueba Galeno.»
Enfadábase la dama,
Y entrando á ver al doctor,
Decia: «Acabad, señor;
Cobrado habeis harta fama,
Y demasiado sabeis
Para lo que aquí ganais;
Advertir, si así os cansais,
Que presto os consumireis:
Dad al diablo los Galenos
Que os han de hacer tanto daño;
¿Qué importa al cabo del año
Veinte muertos más ó ménos?»
Con aquestos incentivos
El doctor se levantaba,
Los testos muertos cerraba
Por estudiar en los vivos:
Cenaba muy en ayunas
De la ciencia que vió á solas,
Comenzaba en escarolas
Acababa en aceitunas:

Y acostándose repleto,
Al punto de madrugar,
Se volvia á visitar
Sin mirar un quodlibeto.
Subia á ver al paciente,
Decia cuatro chanzonetas,
Escribia dos recetas
De estas que ordinariamente
Se eligen sin estudiar,
Y luego los embaucaba
Con unos modos que usaba
Extraordinarios de hablar.
«La enfermedad que le ha dado,
Señora, á vueseñoría
Son flatos é hipocondria,
Siento el pulmon opilado,
Y para desarraigar
Las flemas vítreas que tiene
Con el quilo, le conviene
(Porque mejor pueda obrar
Naturaleza) que tome
Unos alkermes, que dén
Al hepate y al esplen
La sustancia que el mal come.»
Encajabánle un doblon,
Y asombrados de escucharle,

No cesaban de adularle
Hasta hacerle un Salomon:
Y juro á Dios que teniendo
Cuatro enfermos que purgar,
Le ví un dia trasladar
(No pienses que estoy mintiendo)
De un antiguo cartapacio
Cuatro purgas que llevó
Escritas (fuesen ó no
A propósito) á palacio.
Y recetada la cena
Para el que purgarse habia,
Sacaba una y le decia
Dios te la depare buena.
¿Parécele á vuesarcé
Que tal modo de ganar
Se me podia á mi lograr?
Pues por eso le dejé.
—Escrupuloso criado.
—Acomodéme despues
Con un abogado, que es
De las bolsas abogado,
Y enfadóme que aguardando
Mil pleitantes que viese
Sus procesos, se estuviese
Cuatro horas enrizando

El bigotismo, que hay trazas
Dignas de un jubon de azotes:
Unos empina bigotes
Hay á modo de tenazas
Con que se engoma el letrado
La barba que en punta está.
¡Miren qué bien que saldrá
Un parecer engomado!
Dejéle en fin, que estos tales
Por engordar alguaciles,
Miran derechos civiles
Y hacen tuertos criminales.
Serví luego á un clerigon
Un mes, pienso que no entero,
De lacayo y despensero:
Era un hombre de opinion;
Su bonetazo calado,
Sucio, grave, carilleno,
Mula de veintidoseno,
El cuello torcido á un lado,
Y hombre en fin que nos mandaba
A pan y agua ayunar
Los viérnes, para ahorrar
La pitanza que nos daba;
Y él comiéndose un capon
(Que tenia con ensanchas

La conciencia, por ser anchas
Las que teólogas son)
Quedándose con los dos
Alones cabeceando,
Decia, al cielo mirando,
«¡Ay, ama, qué bueno es Dios!»
Dejéle, en fin, por no ver
Ente que, tan gordo y lleno,
Nunca á Dios llamaba bueno
Hasta despues de comer.
Luego entré con un pelon
Que sobre un rocin andaba,
Y aunque dos reales me daba
De racion y quitacion,
Si la menor falta hacia
Por irremisible ley,
Olvidando el *agnus dei*,
Quitolis racion, decia.
Quitábame de ordinario
La racion, pero el rocin
Y su medio celemin
Alentaba mi salario,
Vendiendo sin redencion
La cebada que le hurtaba,
Conque yo racion llevaba
Y el rocin la quitacion.

Serví á un Moscatel, marido
De cierta doña Mayor
A quien le daba el señor,
Por uno y otro partido
Comisiones, que á mi ver
El poseyente cobraba,
Pues con comision quedaba
De acudir á su mujer.
Si te hubiera de contar
Los amos que varias veces
Serví, y andan como peces
Por los golfos de este mar,
Fuera un trabajo escusado,
Bástete saber que estoy
Sin comodo el dia de hoy
Por mal acondicionado.

(Don Gil de las calzas verdes.)

—

—No creas
Los que lleguen á adularte,
Porque hallarás infinitos
Que tus dádivas disfruten,
Y en el peligro te imputen
Sus traiciones á delitos.
No todo lo que es brillante

Riqueza al avaro ofrece;
Oro la alquimia parece,
Vidrio hay que imita al diamante.
La luz que una antorcha feria,
Al sol competir procura,
Mas sólo su llama dura
Lo que dura su materia:
Escarmientos te propone
El sol, á quien salvas hace
El ruiseñor, cuando nace,
Y huye de él caando se pone.
Tal vez dora la experiencia
Un bronce, una piedra, un leño,
Que engaña al que no es su dueño,
Oro sólo en la apariencia.
Huye amigos afectados
Cuando lisonja te ofrezcan,
Que, aunque fieles te parezcan,
En vez de oro son dorados.

(Las Amazonas de las Indias.)

—

—Blasonaba mi vigor
Desprecios de mi desden;
Guárdese de querer bien
Quien nunca ha tenido amor;

Que cuando con más valor
El bronce suele mostrarse
Al fuego, que apoderarse
De su materia pretende,
Cuanto más tarde se enciende
Dura más en conservarse.
(Las Amazonas de las Indias.)

—

—Lo que puede una beldad,
Pues por más que un bolsillo haga,
Es como dar con el toro,
Y cobrando en plata ú oro
Paga en cuartos, si es que paga.
(Las Amazonas de las Indias.)

—

—Á cuatro casas de aquí
Por el barbero salí,
Y de ventosas cargado
Hallé en su casa al maeso
Que iba á echar á un tabardillo,
Y de sangrar de un tobillo
Á doña Inés Valdivieso
Acabada de volver.
.....

Ha estudiado cirugía,
No hay hombre más afamado;
Ahora escribe un tratado
Todo de flomotomía.
Suele andar en un machuelo
Que en vez de caminar, vuela;
Sin parar, saca una muela;
Más almas tiene en el cielo
Que un Herodes ó un Neron;
Conócenle en toda casa;
Por donde quiera que pasa
Se llama la Extrema-Uncion.

(Las Amazonas de las Indias).

—

—¡Que sin ser mi hermana madre
Me cele hasta el tropezar,
Pretendiéndome casar
Con quien puede ser mi padre!
Es desatino terrible;
Cuanto más lo considero
Más me aflijo y desespero.
¡Yo en el Abril apacible
De quince años con setenta!
¿Qué importa toda su plata
Si cuando dármela trata

Con el estaño la afrenta
De la vejez que la obliga?
¿Ni de qué valor serán
Todas sus barras, si están
Mezcladas con tanta liga?
Si el desposorio celebro
Y estando juntos los dos
Me dice amores con tos,
Me arroja un diente requiebro,
Y con él me descalabra,
¿Qué he de hacer con un marido
En la ejecucion fallido
Y fecundo de palabra?
No, Jusepa, no es adorno
De Mayo, el caduco Enero:
Con un marido escudero
Á la tahona de un torno.
Los celos siempre á la mano
Sujeta á algun testimonio.
¿Yo monja del matrimonio?
¿Yo el perro del hortelano?

(Las Amazonas de las Indias).

—

—¿Poeta y envia presentes?
El primero ha sido entre ellos

Que ofrece oro, sin cabellos,
Y envia perlas, sin dientes.
(Las amazonas de las Indias).

—

—La senectud sin calor
Es nieve que se dilata
Al fuego que la maltrata;
Necia será si no admite
Años que el amor derrite,
Pues se queda con la plata.
(Las Amazonas de las Indias).

—

—La mujer en opinion
Siempre más pierde que gana,
Que son como la campana,
Que se estima por el son.
Y así es cosa averiguada
Que opinion viene á perder,
Cuando cualquiera mujer
Suena á campana quebrada.
(Las Amazonas de las Indias).

—

—Decí al príncipe, señor,

Que si supiera el contento
Qúe mi grosero sustento
Y traje de labrador
Me causó siempre, y lo poco
En que estimo los blasones,
Noblezas y pretensiones
Que llama honra el vulgo loco,
Yo quedara disculpado
Y tuviera su grandeza
Más envidia á mi pobreza
Que yo á su soberbio estado;
Que no el tener cofres llenos
La riqueza en pié mantiene;
Que no es rico el que más tiene,
Sino el que há menester ménos.

(La elevacion por la virtud).

—

—Mi opuesto rico, mujer
La causa de mi cuidado;
Él todo oro, ella mercado,
Y amor, comprar y vender.

(La lealtad contra la envidia).

—

—Que gozos que no aseguran

No se deben pretender,
Y hay cosas que al parecer
Deleitan, pero no duran.
Luz de relámpago breve,
Sol y flores por Febrero,
Amistad de pasajero,
Bebida en Julio de nieve,
Y presuncion de belleza
Que al espejo se ha mirado,
Son como amor de soldado
Que se acaba cuando empieza.

(La lealtad contra la envidia).

—

—Privilegiada crecia
De amor la honesta beldad
Que amé, pero en esta edad
Con ellas nace y se cria.
Creer que hay plaza vacía
En bellezas con sazon,
Es ignorante opinion.
Pretendan amantes tiernos
En damas como en gobiernos
La futura sucesion.

(La lealtad contra la envidia).

—

—Mi honestidad defendí,
Bien que mi dueño intentó
Con regalos y ternezas
Obligarme á sus finezas.
—Si un año te *finezó*
Serás racimo en la parra,
Que aunque á la apariencia sano
Llega un tordo y pica un grano,
Llega un paje y otro agarra;
Y el matrimonio, espantajo,
Por más que en su guarda vele,
De puro picado suele
Hallar sólo el escobajo.

(La lealtad contra la envidia).

—

—No sabré yo her buen casado.
—Ya que en eso hemos tocado,
Hombre que está sin mujer,
Maroto, no es hombre entero,
Pues le falta la mitad.
—¿La mitad? ¿Cómo?
—Escuchad:
¿De nuestro padre el primero
No dice el cura que á Eva
Durmiendo un dia sacó?

—De sus huesos la formó.
—Luego la mitad le lleva.
—No me casaré aunque pueda
Con mujer que en eso dá,
Que al hombre le quitará
La otra mitad que le queda.
Y á fé que es cosa inhumana,
Que formándose de un hueso
Tan firme, tan duro y tieso,
La mujer sea tan liviana.
Dadla á la buena ventura;
Que es, en fin, la más hermosa,
Si de carne peligrosa
Y si de hueso muy dura.
—No decís mal.
—Y aun por eso,
Las mujeres, Niso, son
De tan mala digestion
Cual no se digiere el hueso.
—Pues mi Laurencia no es tal,
Ni en liviana ó dura peca,
Que en lo amoroso es manteca,
Y en lo honrado, pedernal.
No hay en Aragon mujer
Que mejor os pueda estar,
Y si os la vengo á pintar

Yo sé que la heis de querer.
Sus años verdes y en flor,
Y su hermosura, en la aldea,
No hay borrico que la vea
Que no rebuzne de amor.
Es de una imágen su cara:
¿Con qué la lava dirás?
Con lleve el diablo lo más
Que un caldero de agua clara.
Los cabellos no dirán
Son que al sol causan vergüenza,
Y cuando en cola los trenza
A las rodillas la dán.
La frente bruñida y lisa,
Las cejas son de amor arcos,
Los ojos, si no son zarcos,
Provocan á amor y á risa.
Pues los carrillos, no hay mozo
Que no cante al descobrillos,
«Más valen vuestros carrillos
Que el carrillo de mi pozo.»
De las narices, no pocos
Han dicho «alegre estuviera
Laurencia, si amor me hiciera
De vuestras narices mocos.»
¿Pues qué la boca? aunque pasa

De raya, limpia y risueña,
Que no es bien que sea pequeña
La portada de la casa.
Los dientes altos y bajos,
En hilera y procesion,
Piñones mondados son
Ó á lo ménos dientes de ajos.
¿Qué diré de los hocicos?
Son que amapolas parecen
Cuando entre los trigos crecen;
¿Pues los dos hoyuelos chicos
Que hace en riéndose? El cielo,
A tener allá su cara,
En ellas creo que jugára
Con el amor al hoyuelo.
¿Pues la barba que otra cria
Mas abajo del cristal?
Con ella el mejor zagal
Barba á barba la hablaria.
Las tetas son naterones
Y los corpiños encellas
Que mamára amor en ellas
A no encubrir los pezones.
Las manos, que nunca adoba,
Más brancas fueran que el pecho
A no habellas callos hecho

Ya el cedazo, ya la escoba.
La cintura puede entrar
Aquí, y si amor navegara,
Mejor su estrecho pasára
Pardiez que el de Gibraltar.
Pues aquella redondez
Monte de nieve y cristal
Rodara encima el brial
Por ella amor cada vez.
Pues las piernas, si en el rio
Lava por que el cristal borre,
Corrido de vellas corre
Más apriesa y con más brio.
Los piés calzan once puntos
Cuando le aprieta el botin;
Mas sea ella honrada, en fin,
Que no mirarás en puntos.
Pintada os la tengo toda,
Puesto que mal y en bosquejo;
Lo demás allá os lo dejo
Para el dia de la boda. (1)

(La Dama del olivar)

—

(1) Hay sobra de *naturalismo* en esta pintura; pero todo está cubierto con el gracioso ropaje y las galas del ingenio de Tirso.

—Gallardo, ya estoy cansado
De tanta seda y brocado;
Las más graves son más feas;
Hermosura que en la tienda
Se vende, ¿quién la ha de amar?
—Si el afeite es rejalgar,
Bercebú, que las pretenda.
Tu opinion sigo en cuanto eso,
Que caras de soliman
La muerte á un hombre darán
Como pildora en un beso,
Por no vendello de valde;
Hermosura de retazos
De sastre, hecha á pedazos
De color y de albayalde
Con que jablegan sus casas
Como pared de meson,
Caras como colacion,
Cargadas de aceite y pasas.
—Y miel vírgen.
—Es verdad,
Conque engañarnos pretenden
Porque todas ellas venden
Postiza la puridad.
No hay tienda si vás á vella
Porque este discurso sigas,

Que en cintas, bandas ó ligas,
No halles carne de doncella.
Y pues en cintas la pinta
El interés, no me engaño
Cuando sospecho que ogaño
Se usan doncellas en cinta.
—Luego yo discreto soy
En buscar sin compostura
La natural hermosura
De Laurencia.
—Amigo soy
De amor que huele á tomillo,
Y más tomillo salcero,
Que es carne con sal, y quiero
Bien este plato sencillo;
Pero no has de encarecello
Con tanta exageracion,
Que es plata de salpicon
Aunque sabroso al comello,
Que despues huele á cebolla,
Mas diras que es polla bella
Y que por eso con ella
Quieres jugar á la polla.

(La Dama del olivar.)

—

—¿Echastes ogaño gansos?
—Veinte hay que gordos y mansos
La nieve en ellos se pinta.
—Dos de esos serán del cura.
—¿Diezma en todos?
—Como lleva
En toda cosecha nueva
De diez uno, de verdura,
De los pollos, los lechones,
La fruta, el pan y cebada,
¿No fuera cosa extremada
Que diezmara en las quistiones
Los males y calenturas?
¡Malà landre que le tome!
Como las maduras come
Comiera tambien las duras.
—Mas estad con él.
—Quisiera
Que de diez dias que he estado
En la cama desahuciado,
Uno al cura le cupiera.
Diez melecinas me echaron,
Una le vién de derecho.
—Ley fuera esa de provecho
Para el otro que azotaron,
Pues de quinientos tocinos

Cincuenta el cura llevara.
—Yo sé que á álguien le pesara
Á usarse esos desatinos;
Que nadie quisiera ser
Casado en tales porfías,
Porque de diez en diez dias
Le habrá de dar su mujer.
—¡Plugiera á Dios que él tuviera
Tres veces en cada mes
Esa carga, que despues,
Yo sé que el diezmo perdiera
De lo demás que le damos
Por no sufrir tanta pena.
—¿Hay plomo, hay costas de arena
Como aqueste que llevamos
Acuestas con las mujeres?
—¿Y nosotras que sufrimos?
Que hechas esclavas vivimos
Aguándonos los placeres.
Nosotras, de hijos cargadas,
Ya callando, ya meciendo,
Mil dolores padeciendo
Nueve meses de preñadas;
Siempre con temor y susto
De que el parto nos asombre
Dejándonos cualquier hombre

La pena, y llevando el gusto.

(La Dama del olivar.)

—

—La miel de un panal sabroso,
Si se corrompe, en acíbar
Convierte su dulce almibar:
Del vino más generoso
Sale el vinagre mejor;
Y á este modo, Don Guillen,
Se engendra el mayor desden
Del más firme y puro amor.

(La Dama del olivar.)

—

—Que los maridos al uso,
Y más si son cortesanos,
No tienen ojos ni manos,
Que el oro vendas les puso.

(La Dama del olivar.)

—

—Los amigos de importancia
Que se precian de leales,
En los bienes y en los males
Van á pérdida y ganancia.

(Celos con celos se curan.)

—Pero ¿con quién le darás
Celos, rabiosos venenos?
—Con hombre que valga ménos,
Para que lo sienta más. (1)
(Celos con celos se curan.)

—

—Amante que fué querido
Y ruega menospreciado,
Muestra dá de afeminado
Cuando se humilla ofendido.
(Celos con celos se curan.)

—

—En la mesa del amor
Los celos son el salero;
Que, para ser verdadero,
Ellos han de dar favor.
Pero advertid que es error
Echar mucha al que es sencillo;
Con la punta del cuchillo
Toma sal el cortesano,
Porque, con toda la mano,

(1) No puede darse un pensamiento más bella y sencillamente expresado, tratándose de quien procura vengar el dolor de los celos.

No es templallo, es desabrillo.

(Celos con celos se curan.)

—

—Diz que en Madrid enseñaba
Cierto verdugo su oficio,
No sé á qué aprendiz novicio,
Y viendo que no acertaba
(Puesto sobre un espantajo
De paja) aquellas acciones
Infames de sus liciones,
Se echó la escalera abajo
Diciéndole: «Andad, señor,
Y pues estais desahuciado
Para oficio de hombre honrado,
Estudiar para doctor.»

(El amor médico.)

—

—Tuvo un pobre una postema,
Dicen que oculta en un lado,
Y estaba desesperado
De ver la ignorante flema
Con que el doctor le decia:
«En no yéndoos á la mano
En beber, morios, hermano,

Porque esa es hidropesía.»
Ordenóle una receta,
Y cuando le llegó á dar
La pluma para firmar,
La mula que era algo inquieta
Asentóle la herradura
(Emplasto, dijera yo)
En el lado, y reventó
La postema ya madura.
Con que, cesando el dolor,
Dijo mirándola abierta:
«En postemas más acierta
La mula que no el doctor.»

(El amor médico.)

—

—¿Eres dama motilona
De la hermana compañera?
¿Fregatriz ó de labor?
No quiero decir doncella,
Que esta es moneda de plata,
Y como el vellon la premia,
Apenas sale del cuño,
Cuando afirman que se trueca.

(El amor médico.)

—

—¿Cómo, amor, te llaman ciego
Si te engendras de mirar?
¿Por qué tiemblas al hablar
Si te dan nombre de fuego?
¿Por qué quitas el sosiego
Si el mundo paz te ha llamado?
¿Cómo eres rey sin estado?
¿Cómo Dios y estás desnudo?
¿Cómo elocuente, si mudo?
¿Cómo cobarde, si osado?

(El Amor médico.)

—

—La pátria más natural
Es aquella que recibe
Con amor al extranjero;
Que si todos cuantos viven
Son de la vida correos,
La posada donde asisten
Con más agasajo, es pátria
Mas digna de que se estime.

(El Amor médico.)

—

—Esa prueba es escusada,
No hay para que hacerla intentes,

Que aunque veas alaballa,
Ni la verdad posada halla
Ni la pobreza parientes.

(El Amor mèdico.)

—

—¿Siempre os habemos de dar?
¿No habrá una mujer que quiera
De valde? ¿Es amor gotera
Que nunca tien de parar?

(El Amor médico.)

—

—Suegra y nuera, perro y gato
No comen bien en un plato.

(El Amor médico.)

—

—Hicieron, Tello, los cielos
Dos amores; al mayor
Llaman comunmente Amor,
Y al segundo llaman Celos.
—Cuando niño, me contaba
Mi madre que quiso hacer
Hombres el diablo, por ver
Si los del cielo imitaba,

Y que le salieron monas,
Con que temor me ponia
Todas las veces que via
Querer imitar personas.
Y así dijeras mejor,
Por la envidia y sus desvelos.
Que no son amor los celos,
Sino monas del amor.

(Siempre ayuda la verdad.)

—

—¿Quires ver cuán venturoso
Soy? Pues escucha.—Una siesta
Soñaba que me habia hallado
Tres bolsas y dos talegas
De doblones á dos caras;
Tendilos sobre una mesa
Y cuando empecé á contarlos
Al primero me despiertan,
Dejándome de la galla
Sin permitirme siquiera
Que entresueños recrease
Mi codicia con su cuenta.
Soñé otra vez que me daban
(Sacándome á la vergüenza
Por las calles de la córte)

Cuatrocientos de la penca.
Iba yo cari-vinagre
Llorado de verduleras,
Entre escribas y embarados,
Las espaldas verengenas:
Y á cada *Esta es la justicia*,
Me pespuntaba el gurrea
Los ribetes cuatro á cuatro,
Cual Dios le dé la manteca.
Considera tú qué tal
Iria mi reverencia,
Que vive Dios que escocian
Como si fueran de veras.
Pues fué mi ventura tanta,
Para que envidia la tengas,
Que hasta el último pencazo
No desperté; de manera
Que, cuando sueño doblones,
Al primero me despiertan,
Y cuando azotes, me obligan
Que hasta el cuatrocientos duerma.

(Amar por señas.)

—

Si vos el hechizador
Lo sentis como lo habrais,

A buen puesto vos llegais,
Que á la fé que os tengo amor.
No lo saben sermonear
Los de acá tan á lo miel,
Quizás lo hace el buriel,
Ó el carrasqueño manjar:
Mas vos, aunque cari-chato,
En cada ojo socarron
Tenedes, si hechizos son,
Dos varas de garabato.'
Yo sirvo al mejor serrano
Que toda la Limia tien;
Es rico, y home de bien
Y cinco ducados gano.
Siete dá á cada baquero,
Si él os recibe y conoce,
Siete y cinco serán doce,
Juntaremos el dinero,
Haremos hucha yo y vos,
Diez años le serviremos,
La alcancía quebraremos
A los diez años los dos:
A doce ducados son,
Diez años, si bien lo cuento,
Diez á doce, veinticiento,
Que será lindo pellon.

Compraremos bacorriños,
Que los gallegos son bravos,
Un prado en que sembrar navos,
Diez cabras y dos rociños.
Cogeremos, ya el centeno
Ya la boroa, ya el millo,
Buen pan éste, aunque amarillo,
Sano el otro, aunque moreno;
Gallinas, que con su gallo
Nos saquen cada año pollos,
Manteca de vaca en rollos,
Seis castaños, un carballo,
Una becerra y un buey,
Y, los diez años pasados,
Podrá envidiarnos casados
El conde de Monterey.
—¿Diez años?
—Pues ¿por qué no?
—Diez años, y sin rascar,
Diez años, será rabiar.
—Mondaré nísperos yo.
—¿Cómo te llamas?
—Dominga.
—Mi fiesta de guardar eres;
Si á lo prestado me quieres,
Tu esclavo soy, ata y pringa.

Ya estarás golosmeada,
Mas dudar en esto es yerro
Pasarte la cruz del ferro
Que vendrás desojaldrada;
¿No has querido á nadie?
—¿Yo?
Soy por vida de mi padre
Tan vírgen como mi madre
Me parió.
—Deja el parió
Y á lo postrero te allega;
Pues yo me sé, aunque porfías,
Que son muchas gollerías
Pedir doncellez gallega.

(Mari-Hernandez la gallega.)

—

No hay criatura sin amor,
Ni amor sin celos perfecto,
Ni celos libres de engaños,
Ni engaños sin fundamento.

(Mari-Hernandez la gallega.)

—

—Yo sé de cierto señor
Algo regalado y tierno,

Que acostándose el invierno
Despues que el calentador
La cama le sazonaba,
Se levantaba en camisa
Y, dando causa á la risa,
Desnudo se paseaba.
Burlábase de él su gente
Y juzgaba á desvarío
Que tiritase de frío
Y diese diente con diente
Quien abrigarse podia;
Mas él, despues de haber dado
Sus paseos, casi helado
Á la cama se volvia
Diciendo: «Para estimar
El calor que ahora adquiero,
Es necesario primero
El frío experimentar.»

(La fingida Arcadia.)

—

—Á cierto rey adulaba
Un privado, ó necio ó loco;
Era cojo el rey un poco,
Y el otro le remedaba.
Cojo, estando sano, andaba;

Imitaron sus antojos
Los demás, y, dando de ojos
Cuantos iban á palacio,
Llenaron en breve espacio
Toda la corte de cojos.
(La fingida Arcadia.)

—

—Diz que hay ángeles en cinta
En ese lugar, señor;
Como está Madrid sin cerca,
Á todo gusto dá entrada;
Nombre hay de Puerta-Cerrada,
Mas pásala quien se acerca.
Doncella y corte son cosas
Que indican contradiccion.
—¿Malicioso?
—Y con razon:
Las ciruelas más sabrosas
Mientras en su flor están,
En el árbol se aseguran;
Pero al momento maduran,
Que á la banasta las dan.
Una doncella en su casa
Ciruela en el árbol es,
Y á veces de treinta y tres

Es con flor ciruela-pasa.
Pero en Madrid no hay ninguna
Que sea lo que parece,
Porque, en naciendo, se mece
En un coche en vez de cuna.
Y así á marearse basta
Cochizando dia y noche;
Que, en fin, doncellas en coche
Son ciruelas en banasta. (1)

(La Huerta de Juan Fernandez.)

—

—¡Oh pié digno de un chapin
Que por lo corto das cinco,
Mejor fueras para brinco
De un letrado camarin!
¡Válgame el cielo! ¿Que esté
En tan chico pedestal
Todo un cuerpo? No hará mal
De aqueste pié un punta pié;
Comprárale yo á ser Fúcar,
Celebrárale poeta;

(1) Las punzadas satíricas contra el afan de coche que aquejaba á las damas de aquel tiempo, se encuentran en todos los autores de comedias del siglo de oro, tan parecido al nuestro.

Quité escarpin y calceta
Y ví un juguete de azúcar,
Una manteca soriana,
Un bollo de manjar blanco,
Y dije: ¡Oh quién fuera banco
De este pié, cada mañana!
Tan igual, tan ampollado,
Tan tierno, con tanto aliño,
Tan melindroso, tan niño,
Y, en fin, tan desjuanetado,
Que empezando su retrato
En el alma mi aficion,
Se calzó mi corazon
Como si fuera zapato.

(La Huerta de Juan Fernandez.)

—

—La majestad se acompaña
Siempre de la adulacion;
No sé qué tiene con ellos
La verdad, que huyendo de ellos
Tan raras las veces son
Que sigue la autoridad
De majestades servidas,
Que un rey, si no por oidas,
No conoce la verdad.

(Enemigo el primer consejo.)

—Los dineros
Son los parientes mejores.
Nunca en parientes me fundo,
Por negarte, negarán
Que no descienden de Adan:
No hay tal pariente en el mundo
Como el dinero en la mano,
Éste es pariente de veras
Que lo demás es quimeras,
Este es padre, primo, hermano.

(La villana do la Sagra.)

—

—¿Tú que te comes los hombres,
Temes una bestia?
—Sí,
Por más que de eso te asombres:
Reñir con dos ó con tres
Hombres, muchas veces es
Honra y no temeridad,
Porque con facilidad
Por valiente ó por cortés
Se libra, y más cuando alcanza
La experiencia de las tretas
Con que nos dejó Carranza (1)

(1) Carranza, era un maestro de armas y tirador muy diestro, algunas otras veces citado en las comedias del teatro antiguo por galanes y graciosos.

Lineas oblícuas y retas,
Dando ciencia á la venganza.
Puede un hombre si acosado
Riñendo, de otro se vé,
Decir: «Yo he experimentado
»Que vive en vuesa mercé
»Todo el valor abreviado;
»Por serville y aplacalle,
»Ni rondaré aquesta calle
»Ni hablaré á doña Mencía,
»Y si de la amistad mia
»Gusta, vendré á acompañalle
»Desde hoy.» Y si es caballero
Oblígale el buen hablar;
Si es capeador, el dinero;
Si es valenton, el quedar
Por más valiente y más fiero;
En fin, siempre hay esperanza
Por más enojo y venganza
Que al más colerico obligue,
Si es hombre que se mitigue
Con dineros ó crianza...
Pero un toro, cuando deja
La capa que despedaza
Y á las espaldas aqueja
Al dueño, dándole caza,

Llega tú, y dile á la oreja:
«Señor toro, la nobleza
»Ilustra la fortaleza;
»Corte la cólera un poco,
»Que es propio del necio y loco
»El dar siempre de cabeza.»
Y verás cómo repara
Si tu amistad le prometes,
Y luego vuelves la cara
Abriéndote dos ojetes
Por detrás, de media vara.

(Marta la piadosa.)

—

—Besando á vuestras mercedes...
—¿Qué?
—Las manos.
—Socarron,
Flemáticas manos son,
Pues en el beso te quedes.
—Pues en cualquiera suceso
¿Qué venta puedo yo hallar
Donde me pueda quedar
Con más gusto que en un beso?

(Marta la piadosa.)

—

—Siempre fueron los peligros
Del amor y la amistad
Piedra toque que descubre
El oro que vale más.

(Palabras y plumas)

—

—Dicen que en tiempos pasados
Seguro el leon dormia,
Viéndose en la posesion
Pacífica de su imperío;
Juzgaron á vituperio
Los lobos que ansí el leon
En los dos mundos tuviese
Dominio tan absoluto
Sin que se escapase bruto
Que su nombre no temiese.
Y haciendo entre todos liga
Como durmiendo le vieron,
Sus estados repartieron,
(Tanto la ambicion instiga).
Y consultando sus robos
Afirman, mas será error,
Que alguno que era pastor
Se coligó con los lobos.
Por cuatro partes marcharon

Y fué accion poco bizarra;
El leon que los sintió
Dió un bramido, bostezó
Y enseñóles una garra,
Con que el ánimo perdido
No hay quien del temor no muera.
Sí despertara ¿qué hiciera
Quien mata con un bramido?

(Desde Toledo á Madrid.)

—

—Las desdichas nunca vienen
Una á una, que los males
Se precian de acometer
En cuadrillas como alarbes.

(Amar por arte mayor.)

—

—Lo que no cuesta deseos
No lo estima el gusto en nada,
Que á las fáciles empresas
Siempre sigue la mudanza.

(La Romera de Santiago.)

—

En el apetito
Que no es legítimo amor,
Suele el arrepentimiento
Seguir á la posesion.

(La Romera de Santiago)

—

—Acudió á cierta pendencia
De noche un juez, y uno de ellos
Le hirió, queriendo prendellos,
Sin que de esta resistencia
Se descubriese al autor.
El sastre nuestro vecino,
(Que si ya no es con el vino
Nunca ha sido esgrimidor),
Estando en su casa quieto
Fué sin culpa denunciado
De un enemigo taimado;
Prendiéronle, y en efecto,
La furia del juez fué tal,
Que sin formalle proceso
Ni averiguar el suceso,
Sobre el usado animal
Entre la una y las dos
Le hizo dar aquella noche
Un jubon, cual él se abroche

En galeras, ruego á Dios.
Como era entonces tan tarde
Cual ó cual tuvo noticia
Del rigor de la justicia.
Pero el otro, haciendo alarde
De su injuriada inocencia,
Del juez se querelló
Y ante el consejo probó
Que cuando la resistencia
Sucedió, estaba acostado;
Conque, mandó el presidente
En fé de estar inocente
Y el juez haber mal andado,
Restituirle la honra;
Y así por las calles reales
Con trompetas y atabales
De la pasada deshonra
Se purga con gorra y calza
En medio de dos soñores
Donde de sus valedores
La chusma toda le ensalza.
Y cada cual admirado
Como no sabe quién es
Pregunta: ¿Cual de los tres
Es, compadre, el azotado?
Y respóndele, *el de en medio;*

De modo que ya la fama
El azotado le llama.
Miren qué gentil remedio
De honrarle en mitad del dia
Si de noche le afrentaron,
Y de los que le asentaron,
Cual ó cual el mal sabia.
Hánle honrado en fin los jueces
Y agora pasa esta calle,
Mas yo digo que el honralle
Es afrentalle dos veces.
Pues despues de paseado
Y soldado su desastre,
No le llamarán el sastre
Sino sólo *el azotado*.

(El Celoso prudente.)

—

Que siendo mujer
Bien pudiera adivinar
Que revienţo por saber,
Y en sabiendo, por hablar.

(El Celoso prudente.)

—

Bien llamarte fuego intenta

Amor, quien tus ansias siente,
Porque el fuego que está ausente
Ni le abrasa, ni calienta.

(El Celoso prudente.)

—

—Estate dos horas quedo,
No muestres que te apasionas,
Las mujeres y las monas
No han de conocer el miedo,
Que, conociéndole, muerden.

(El Celoso prudente.)

—

Hace entender la doncella
A su noble padre, viejo,
Que toma acero en abril,
Y sale vivo el acero.
Hace entender la soltera
Que tiene treinta requiebros
Que son todos primos suyos,
Y creénlo todos ellos.
Hace la viuda creer
Con más tocas que un armenio
Que es bayeta lo que viste,
Y es oro todo el manteo.

Y díjome un gentilhombre:
«No hay ninguno de ese nombre
De cuantos en casa están.»
Llegué al segundo, trasunto
Del llanto y de la tristeza,
Y de una enlutada pieza
Ví cargar con un difunto.
Al son de responso y llanto
Que á dos viejas escuché,
Por mi Don Juan pregunté,
Respondióme una entre tantos:
«No sé que tal hombre viva
En esta casa, señor.»
Subí huyendo del dolor
Funesto al de más arriba,
Y hallé una mujer de parto
Dando gritos la parida,
Y á Don Juan de la Bastida
Plácemes, que en aquel cuarto
Habia un año que vivia
Con hijos y con mujer:
De modo que llegué á ver
En una casa en un dia
Bodas, entierros y partos,
Llantos, risas, lutos, galas,
En tres inmediatas salas,

Y otros tres contíguos cuartos,
Sin que unos de otros supiesen
Ni dentro una habitacion
Les diese esta confusion
Lugar que se conociesen.
(La Celosa de sí misma.)

—

—Una dama en apariencia
Pasaba por una calle,
Hallándose airosa y tiesa
Más que un alcalde de corte.
Enamoróse de verla
Un galan por las espaldas,
Porque el talle y gentileza
Con que jugaba el chapin
Y tremolaba la seda,
Cuando ménos prometia
Una española Belerma;
Adelantó gusto y pasos,
Y, volviendo la cabeza,
Vió un ángel de Monicongo
Con una cara pantera.
Santiguóse el hombre y dijo:
¡Jesús! ¿Delante tan fiera
Y tan hermosa detrás?

Y respondióle la negra:
«Si parécele miror
Espaldas que delantera
Y trancera estar hermosa,
Bese vuesarcé trancera.»
(La Celosa de sí misma.)

—

—No me espanto; todo aquello
Que está en ageno poder,
Tiene el gusto por más bello,
Y el valor suele perder
En llegando á poseello.
Juzgaste ayer á tu esposo
Por prenda agena, y así
Te pareció mas hermoso;
Viene á ser tu dueño aquí
Y júzgasle ya enfadoso.
(La Celosa de sí misma.)

—

—Porque es la mujer en suma
Como pájaro liviano,
Que, en abriéndola la mano,
Vuela y si deja algo es pluma.
(El Caballero de Gracia.)

—Dicen que en cierta nacion
Era por rey adorado
Aquel que acuestas tenia
La cosa de mayor peso,
Saliendo con el suceso
Quien más tiempo lo sufria.
Una vez se convocó
El pueblo á elegir cabeza:
Y hubo quien tal fortaleza
Entre los demás mostró,
Que un ébano entero tuvo
Dia y medio, sin que hubiese
Quien competir se atreviese
Con él; y al tiempo que estuvo
Casi el reino en su poder
Y el pueblo le engrandecia,
Otro salió que traia
Acuestas á su mujer;
Y la gente convocada
En su favor sentenció,
Que con la mujer no halló
Otra cosa más pesada.

(El Caballero de Gracia.)

—

—.....En Roma vió

A un pastor Octaviano
Que sólo le distinguió
De él trage y hablar villano;
Tan su simil, que hechos jueces
Los ojos, dijo: «¿Tu madre
(Ya que así te me pareces)
Estuvo aquí?—No: mi padre
(Respondió) sí, muchas veces.»
(La Ventura con el nombre.)

—

Dotes que maridos compran
Les obligan como esclavos
A indignidades de honor,
Por ser maridos comprados. (1)
(El mayor desengaño.)

—

—El que en los príncipes fia
Y á la cumbre del poder
Por el favor va subiendo,
Mire cómo asienta el pié.
Por escaleras de vidrio
Sube el privado más fiel

(1) En esto de compra y venta de joyas del honor, es más siglo de *oro* el nuestro que el de Tirso.

Y es fácil, cuando descienda,
Ó deslizar ó romper.
(El mayor desengaño.)

—

—Ruega, regala humillado
Si el desden quieres vencer:
Que no es árbol la mujer
Que ha de dar fruto forzado.
(El mayor desengaño.)

—

—Que era la envidia leí
De la condicion del pulpo,
Que se está royendo á sí.
(Santa Juana.)

—

—Toro se llama la cama
Del matrimonio, en latin,
Etimología ruin
Sacará de ella la fama.
(El Aquiles.)

—

—Bien le quiero,
Mas que es tambien considero

Determinacion cruel,
Ser su esposa, *porque están*
En estado arrepentido
Cuantas han hecho marido
Del que ántes fué su galan.
Y recélome, en efeto,
Que el galan, cuando se casa,
Como ya sabe la casa,
Entra perdiendo el respeto.
(Quien no cae no se levanta.)

—

—Viene Fray Domingo á casa
Y endiósala de manera,
Que si el mundo fué de cera,
Para Dios es ya de masa.
Su padre está tan contento
Como ántes estaba triste,
Sayal y estameña viste,
Yerbas son nuestro sustento,
Que carne no es ya comida
Que dé á nuestra mesa ayuda.
—*Opilóse con la cruda*
Y págalo la cocida.
(Quien no cae no se levanta.)

—

BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID Consejería de Cultura

—Calle el alma lo que siente
Porque sienta lo que calla,
Que amor que palabras halla
Tan falso es como elocuente.
(La vida de Herodes.)

—

—¿Para qué era menester
Potro, cordel y testigos,
Ni mayores enemigos
Que el secreto y la mujer?
¿No veis que en las más calladas
Cuando se ven en aprieto,
Es mal de madre el secreto
Que las hace dar arcadas?
(La vida de Herodes.)

—

—... Dos caras
Suelen dar á la mujer,
Una hermosa y otra fea;
La hermosa es cuando compuesta
Hace al gusto plato y fiesta
Y los sentidos recrea:
Pero cuando se levanta
Dicen que pone temor,

Que una cara en borrador
No enamora, sino espanta.

(La República al revés.)

—

—El primer amante has sido
Que, dando alcance á la presa,
Se levanta de la mesa
Con hambre, habiendo comido;
Que la costumbre de amar
Agora, si tienes cuenta,
Es de postillon en venta
Beber un trago, y picar.

(La prudencia en la mujer.)

—

—Entre el amor y el desden
Más la ciencia se conserva,
Porque Vénus y Minerva
Jamás se llevaron bien:
Ojos que hermosuras ven
Contra pasiones confusas
No hallan á su daño excusas,
Pues su ocupacion distinta
Deshonesta á Vénus pinta
Y vírgenes á las musas.

(La prudencia en la mujer.)

—Penélope (porque ausente
Su consorte, los veinte años
Entretuvo con engaños
Tanto amante pretendiente)
Como no necesitaba
De la tela que tegia,
Si de noche deshacia
Lo que de dia labraba,
No fué mucha sutileza
(Cuando la necesidad
No apretaba en su lealtad
Cordeles á la pobreza)
La de su ardid ingenioso,
Ni gran cosa deshacella
No habiendo de comer de ella;
Dejóla rica su esposo;
Que para obligarla basta
Y sobra; el milagro fuera
Hallarla cuando volviera
Perseguida, pobre y casta.

(La firmeza en la hermosura.)

—

Ámala, sirve y regala;
Con celos no la des pena;
Que no hay mujer que sea buena

Si vé que piensan que es mala! (1)

(El condenado por desconfiado.)

—

—Con aquel me he de casar
Que con mayor agudeza
Me escribiese su papel
De los dos.
—Ponle el laurel,
Mas no sobre la cabeza.
Que aunque victoria señala,
Y fué blason excelente,
Cosa de rama en la frente.
Aun en profecía es mala.

(Santo y sastre.)

—

—Nunca aspira á ser leon
El cordero.
—¡Qué discreto!
—El bruto que con su piél
Una vez se disfrazó,
Causa de su afrenta dió

(1) Pensamiento de profundísima intencion, que ha servido de tema á libros enteros en nuestra época, en que tanto se ha escrito y se escribe acerca de la mujer.

Á los que burlaron de él.
La ocasion de estar perdido
El mundo, es porque cualquiera
No contento con su esfera
Se eleva desvanecido.
Viste seda el oficial
Porque anhela á ciudadano;
Y este con la hacienda vano
Ser quiere al hidalgo igual:
El hidalgo, caballero,
Y el caballero, marqués,
Éste príncipe, y despues
El príncipe, rey severo:
El rey, hasta emperador
No para siempre anhelando,
Y así se van despeñando,
Desde el esclavo al señor.
Si el hijo del jornalero
En la hacienda se ocupara,
El oficial trabajara,
Y, contento el caballero
Con lo que el cielo le ha dado,
No saliera de compás
Pretendiendo valer más,
Todo anduviera ordenado.
Yo, en fin, que en mi esfera estoy,

Ansí mi oficio entretuve,
Padre que fué sastre tuve,
Sastre nací, y sastre soy.

(Santo y sastre.)

—

Un rústico oyó unos versos
En que un poeta alababa
La corte donde habitaba,
Y entre atributos diversos
Que daba á sus damas, era
Decir que cuantas vivian
En ella perlas tenian
Por dientes. Y de manera
Se le encajó ser verdad,
Que dejando casa é hijos,
Malbarató unos cortijos
Y parte de una heredad;
Y creyendo estas novelas
Dijo que iba, á su mujer,
Á la corte á enriquecer,
Siendo en ella saca-muelas.
Porque si doliendo un diente
Y en sacándole era perla,
No era difícil hacerla
Una cacica de Oriente:

Pues llenando una tinaja
De dientes-perlas podia
Vendiéndolas en Turquía,
Tener más oro que paja.
Dió en esto, y en lances pocos
Tan rematado quedó,
Que el poeta le llevó
Á la casa de los locos.

(Quien no cae no se levanta.)

—

Terribles sois las mujeres,
Pues á la sombra imitais,
Y como ella, cuando amais,
Leves del que os sigue huis,
Al que os desprecia seguis,
Al que os adora engañais.

(Palabras y plumas.)

—

Cumplirá el amo su antojo,
Si está preñado por ella;
Pues porque puede comella,
Amor se la echó en remojo.
Cual huevo fué su hermosura,
Como él, por agua pasada;

Pero vírgen tan aguada,
Dudo yo que venga pura.
(Palabras y plumas.)

—

Juntáronse ayer en casa
De Débora seis doctores
(Que ha dias que está muy mala)
Para consultar entre ellos
La enfermedad y aplicarla
Algun remedio eficaz.
Apartarónse á una sala,
Echando la gente de ella.
Dióle gana á una criada
(Que bastaba ser mujer)
De escuchar lo que trataban;
Y cuando tuvo por cierto
Que del mal filosofaran
De la enferma y experiencias
Acerca de él relataran,
Oyó preguntar al uno:
—Señor doctor, ¿qué ganancia
Sacará vuesa merced
Una con otra semana?—
Respondió:—Cincuenta escudos,
Con que he comprado una granja,

Veinte aranzadas de viñas,
Y un soto en que tengo vacas.
Pero no me descontenta
El buen gusto de las casas
Que tuvo vuesa merced.—
Dijo otro:—Son celebradas;
No sé qué hacer del dinero
Que gano. ¡Cosa extremada
Es ver que sin ser verdugos,
Porque matamos, nos pagan!—
—Dejad eso,—replicó
Otro,—y decid de qué traza
Os fué en el juego de anoche.
—Perdí: son suertes voltarias.
—Pero ¿teneis muchos libros?
—Doscientos cuerpos no basta.
Con cuatro dedos de polvo,
Que ni ellos hablan palabra,
Ni yo las que encierran miro.
Ostentacion é ignorancia
Nos han dado de comer.
Que no hojeo si no son
Pechugas de pavos blancas,
Lomos de gazapos tiernos,
Y con pimienta y naranja
Perdiz, pichon y vaquita.—

—Ansí á la ternera llaman
Los hipócritas al uso.
Pero lo parlado basta.
—Vamos á ver nuestra enferma,
Que estará muy confiada
En nuestra consulta.—Fueron,
Y dijo el de mayor barba:
—Lo que se saca de aquí
Es que al momento se haga
Una fiscacion de piernas,
Y por todas las espaldas
Le echéis catorce ventosas,
Las tres ó cuatro sajadas.
Pónganla en el corazon
Un socrocio, y fomentada
Con manteca de azahar,
Tenga en el cielo esperanza,
Que la consulta de hoy
La ha de dar muy presto sana. (1)

(La Venganza de Tamar.)

—

Un filósofo enseñaba

(1) No son los médicos los ménos perseguidos por la sátira de los poetas de aquel tiempo, y á Tirso sólo aventaja Quevedo en maldecir de los cursantes de la ciencia de Hipócrates.